



Presentación *Letras culpables*

1 — Si hubiera que hacer una clasificación —ahora que está tan de moda hacer listas de todo: no sé, las diez playas con menos cangrejos, las quince charcuterías más *cool*, las cinco iglesias donde más se liga—, si hubiera que hacer otra lista más, pero ésta de los temas más peligrosos para un escritor de ficción, el primero sería sin duda el Holocausto. No hay otro género en el que resulte más fácil extraviarse, hacer el indio y quedar como un carroñero. Y, a pesar de ello, está más de moda que nunca. Raro es el mes en que no se anuncian un par de novelas sobre el tema. Sus autores suelen ser fabricantes de best-seller, que ayer escribían sobre los Templarios y mañana lo harán sobre zombies albinos. Una semana antes de ponerse a escribir *El churrero de Auschwitz* o *La manicura de Mauthausen*, se llevan un par de libros divulgativos de la sección infantil de cualquier biblioteca y con eso ya se creen expertos en la materia. Y, claro, así sale después lo que sale. Me he permitido traerles un par de ejemplos muy breves de lo que ocurre, tampoco de los más desesperados. Si uno se esfuerza, los encuentra mucho peores.

[Ejemplos]

Con razón, Imre Kertész, premio Nobel y autor de una de las pocas novelas imprescindibles sobre el Holocausto, reducía el canon de autores salvables a media docena. Quizá exageraba un poco, pero no andaba muy descaminado. Hay todavía menos obras de ficción salvables que supervivientes del Sonderkommando de Auschwitz.

2 — Así que la pregunta obligada sería: ¿Se puede escribir sobre el Holocausto desde la ficción? Hay gente muy respetable que contesta directamente que no, que cualquier ficción sobre el Holocausto es una frivolidad. Yo pienso que sí, que se puede escribir de todo; no entiendo estas prohibiciones divinas en un asunto que es puramente humano. Algo que hicieron unos hombres y mujeres, lo pueden describir otros hombres y mujeres. Después de todo, la literatura lleva tratando con lo terrible y lo siniestro desde que nació. ¿Por qué no iba a tratar también con el Holocausto? Kertész iba aún más lejos y afirmaba que «El campo de concentración sólo es imaginable como literatura, no como realidad». Es decir, que no es que se pueda escribir literariamente sobre el Holocausto, sino que no se puede escribir sobre el Holocausto más que literariamente.

La pregunta entonces se transformaría en esta otra: ¿Cómo se puede escribir del Holocausto en la ficción? Y aquí, sí, aquí ya hay ciertas limitaciones. Ni la imaginación con mayor capacidad de empatía puede trasladarnos a Auschwitz. Es una experiencia que permanece fuera del alcance de nosotros, ciudadanos bien alimentados, tratados y educados de las democracias de Occidente. No podemos y, por tanto, no tenemos derecho a imaginarlo, a menos que nos llamemos Alyson Richman, vivamos en Long Island con un marido, cinco hijos y tres perros, y fabriquemos libros como churros.

3—Pero si no podemos entrar en la cámara de gas, literariamente hablando, con las víctimas, aún nos queda un inmenso territorio inexplorado, alrededor del Holocausto, del que legítimamente se puede escribir. Uno de ellos, de los menos recorridos, es el del Holocausto en relación con los libros y la cultura, o más precisamente, el de la complicidad del mundo del libro y la cultura con el genocidio.

Pero ¿no quedamos, dirán ustedes, en que los libros se quemaban y la cultura se perseguía durante aquellos años en Alemania? Aquí hay un malentendido. Es verdad que el nazismo persiguió cierta cultura, pero también que cuidó de otra cierta cultura. Era antiintelectual a la manera de los años treinta, que hoy nos parece el colmo de lo intelectual. Hitler hasta escribió un libro, uno solo por fortuna. ¿Se imagina alguien a Trump escribiendo aunque



sólo sea dos folios y con la letra bien gorda? La nómina de buenos escritores fascistas de aquella época era nutrida: Céline, Knut Hamsun, Ezra Pound, Drieu de la Rochelle, González Ruano entre nosotros, por citar unos cuantos. Hay más. En nuestra época costaría encontrar a alguien más que a Michel Houellebecq y Sánchez Dragó. De modo que sí, el nazismo tuvo mucho que ver con la cultura. La suya incluía Hölderlin y Nietzsche, Beethoven y Wagner, Durero y Vermeer, Hegel y Heidegger; todo lo que no estuviera contaminado por los judíos, el comunismo y las vanguardias, que era bastante. La imagen del nazismo como una pandilla de descerebrados, por desgracia no es cierta. Tenían cerebros, muchos y buenos. Algunos departamentos de las SS, como el SD, el Servicio de Inteligencia, estaban plagados de universitarios —llamarlos intelectuales sería excesivo. La cultura no sólo no se opuso a la barbarie, sino que fue su mejor aliado. Hoy día, los fascistas ya no necesitan de estas coartadas intelectuales; les basta simplemente con las redes sociales.

De todas formas, tampoco hay que exagerar. El fascismo se apropió de cierta cultura, pero fue profundamente estéril a la hora de la creación artística. Yo les reto a que me nombren una sola obra de mérito, artística o literaria, puramente fascista, aparte de los uniformes de las SS que diseñó Hugo Boss. No la van a encontrar, porque no la hay. Sartre tenía razón: no se puede hacer buen arte con fascismo.

4—Después de todo lo dicho sobre los peligros del Holocausto en la literatura, se figurarán ustedes que el hombre que tengo a mi lado es o un valiente o un insensato, porque una escritora de Long Island, con marido, cinco hijos y tres perros, desde luego no parece.

Les puedo asegurar que en su libro no van a encontrar amantes dándose un romántico beso de despedida en un vagón hacinado de deportados, justo antes de desembarcar en Dachau llenos de vigor y optimismo. La documentación en la que se basa es rigurosa, lo cual no quiere decir que sea aburrido, pesado o erudito ni mucho menos; al contrario. Riguroso sólo quiere decir que uno no tiene derecho a adornar la realidad con sus fantasías para hacerla más digerible. Riguroso significa que la realidad nunca está muy lejos de lo que se cuenta, por dura que sea.

¿De qué habla *Letras culpables*? Del camino que lleva al agujero negro, que hemos dado en llamar Shoá, un camino lleno de libros y bibliotecas. Y ése es un camino que nos interesa porque sigue siendo más transitable que nunca. Los libros sirvieron para oponerse a los bárbaros, pero también para fabricarlos, como nos ilustran algunas imágenes inolvidables de estas narraciones, que nos enseñan más que muchos tratados de historia: por ejemplo, un Richard Darré, ministro nazi de Agricultura, citando borracho a Tácito; un Hitler defendiendo a Karl May; un universitario ruso, en plena era Stalin, que asesina por razones puramente intelectuales, después de leer a Nietzsche.

Pero los libros también pueden ser heroicos y costarle la muerte o el exilio a sus autores, como vemos en Hugo Bettauer, al que los nazis asesinaron por profetizar lo que sería una Viena sin judíos; o en Lion Feuchtwanger, que reflexiona sobre la manipulación hecha por los nazis de su *Judío Süß*, mientras se esconde ellos en un lugar de Francia.

Y a mí, que soy bibliotecario, me ha emocionado especialmente las historias de bibliotecas, ese sitio en apariencia tan aburrido, pero que aquí son lugares donde uno se la juega, como le sucede a ese joven que se parece tanto al gran Sebastian Haffner, que en una biblioteca firma su acto más cobarde; o como esa modesta bibliotecaria de pueblo, que arriesga todo lo que es por preservar unos libros prohibidos; y no olvidemos a esos eruditos valientes, que rescataron toda una biblioteca de la quema, en una operación de salvamento digna de Moisés en Egipto.

Sólo me queda decirles que si les gustan las historias de templarios y de zombies albinos, no se priven; pero recuerden de vez en cuando que también existen las historias de verdad;

Javier Quevedo Arcos



las que no cuentan lo que son nuestras vidas, lo que nos sucedió y lo que puede volver a sucedernos. Porque, por mucho que hable del pasado, *Letras culpables* es un libro de actualidad, de *demasiada* actualidad. Muchas gracias.

Javier Quevedo
25-4-18